

Narraciones populares
“La epopeya de Baïbars”

E-LIBROS
COLECCIÓN VIAJES

LAS INFANCIAS DE BAÏBARS

Edición y traducción: Esmeralda de Luis



سيرة المظاهر بيبرس



Del “Roman de Baïbars”

I - Las infancias de Baïbars

Capítulo 012

12 – El desafío de “El Coloso”

Edición y traducción para www.archivodelafrontera.com
esmeralda.deluis@hotmail.com

Colección: Clásicos Mínimos
Fecha de Publicación: 27-05-2016
Número de páginas: 10
I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

Archivo de la Frontera: Banco de recursos históricos.
Más documentos disponibles en www.archivodelafrontera.com



Licencia Reconocimiento – No Comercial 3.0 Unported.

El material creado por un artista puede ser distribuido, copiado y exhibido por terceros si se muestra en los créditos. No se puede obtener ningún beneficio comercial.



El *Archivo de la Frontera* es un proyecto del **Centro Europeo para la Difusión de las Ciencias Sociales (CEDCS)**, bajo la dirección del Dr. Emilio Sola.

www.cedcs.org
info@cedcs.eu

12 - EL DESAFÍO DE "EL COLOSO"



Un día en que estaba sentado en su palacio, rodeado de sus compadres, la banda de luchadores de *hakam*, Baïbars dijo:

- Hermanos, hoy me he levantado de muy mal humor; ¿qué tal si nos diéramos un paseo por las calles de Damasco?

- ¡Haremos lo que tú digas, bienaventurado hermano!

Trajeron el desayuno, comieron, tomaron café, y Baïbars se levantó y partió seguido de los cinco compañeros a dar una vuelta por Damasco. La gente le señalaba

diciendo:

- Ahí va el que no hace mucho mató al agha Saïd, el esclavo de Sharaf El-Dîn. Es ese al que adoptó la Dama Fâtme, la hija de El-Aqwâssî. ¡Y por Dios que es digno de ello, y está en el lugar que le corresponde!

Baïbars repartía monedas de plata y limosnas a los pobres que se lo agradecían deseándole larga vida. Continuaron de esa suerte hasta llegar a los pies de la ciudadela, cerca de la piedra conmemorativa. Allí vio a un grupo de gente como embelesada en torno a un saltimbanqui. Baïbars abriéndose paso entre la multitud se acercó y vio un estrado de *hakam* en el que estaba un joven egipcio. Llevaba el bastón y el escudo y apostrofaba a la gente, montando más alboroto que una horda de *yîns*. Le llamaban "El Coloso, el que tiene sangre en las manos" y gritaba:

- ¡Desafío a los habitantes de Damasco y a todos los que lleven bastón y escudo! ¿Quién quiere echar conmigo una partida de *hakam* y mostrarme de lo que es capaz?

De este modo les desafiaba, pero ninguno de los presentes le respondía. Baïbars se acercó para hablarle.

- Déjalo estar, -le dijo uno del público- ese es invencible en los torneos de *hakam*. Es un demonio, sus brazos son auténticas anclas, y sus piernas verdaderos mástiles. Es el jefe de los palafreneros de Sharaf El-Dîn. Si alguien quiere desafiarse en el torneo, o simplemente le dirige la palabra, se encoleriza de tal modo que bien parece que al otro le hubiera llegado su última hora; le golpea y le mata, pues ese tío es peor que el que degolló a la camella¹.

¹ Alude a la historia del profeta Sâlih, mencionada en El Corán, que dice que "su pueblo, rebelde, había degollado a una camella milagrosa, consagrada a Dios."

Baïbars se dijo:

- Tengo que enfrentarme a ese fierabrás, porque es un opresor y le ha de llegar su escarmiento. Nuestro Señor da la victoria a quien quiere.

Baïbars se dirigió al agha Ahmad, hijo de El-Aqwâssî:

- Querido tío, quiero desafiar a ese egipcio y así vengar a todo el mundo, pues ese tipo es un fanfarrón, y todo fanfarrón que humilla a los demás debe ser castigado antes de morir.

Ahmad le dijo:

- Hijo mío, temo por tu vida, pues ese coloso es un auténtico demonio, lleva con él a sus acólitos egipcios, y sobre todo porque es un hombre de Sharaf El-Dîn.

-Déjalo que lo desafíe, Ahmad, -dijo Ibrahim de Jannîn- y si la banda del Coloso se enfurece, ¡nosotros estamos aquí! No hay por qué tener miedo, pues aunque toda la gente de Damasco se pusiera de su parte, nosotros, -si Dios quiere- sabríamos darles una merecida respuesta. No nos asusta la muerte.

Después de oír estas palabras Baïbars se acercó al Coloso, firme como una roca, y le gritó:

- ¡Eh, jefe, yo te desafío a un combate!

El Coloso respondió:

- Tú, pequeñajo, ocúpate de tus asuntos, ¿es que estás loco o qué? ¡Si ni siquiera pesas lo suficiente para enfrentarte a mí! ¡Tú sólo vales lo justito para llevarte a la cama y para el hammam: con tu cara bonita bien se podría decir que eres la nena de la casa!

Las palabras del Coloso encolerizaron a Baïbars, se le hincharon las venas de la frente y perdió todo control de sí mismo. Entonces le gritó al Coloso:

- Fanfarrón, ¿para qué pierdes el tiempo en tanto parloteo inútil? Eso no te va a aportar nada. Si hablas así es para ocultar que eres un don nadie. El combate entre nosotros será el que decida, y veremos quién gana y quién pierde. Si sabes luchar, ¡vamos allá!

- Ahí están los bastones y los escudos, pero es vergonzoso que alguien como yo se bata con un jovencuelo como tú, ¡esto no tiene ni pies ni cabeza!

Baïbars avanzó, agarró un bastón y un escudo, pero el bastón era corto, mientras que el del Coloso era largo. Baïbars le dijo:

- Necesito un bastón como el tuyo.

- ¡Qué pasa!, ¿un auténtico luchador como tú, que se permite hasta desafiarme, no tiene ni siquiera un bastón a mano?

Baïbars no sabía qué responderle. Miró a derecha e izquierda y vio entre el público a un anciano desconsolado. Había vertido tal cantidad de lágrimas que tenía toda la barba mojada. Hizo señas a Baïbars para que se le acercara. Baïbars se llegó hasta donde estaba el viejo y le preguntó:

- Tío mío ¿qué quieres?

- Lloro por culpa de ese inicuo opresor que ha matado a mi hijo, al que yo amaba más que a nada en el mundo. ¡Hijo mío, te voy a dar un consejo! No te enfrentes a ese repugnante asesino. Hace pocos días que asesinó a mi hijo. No quiso entrar en razones; fui a quejarme a Sharâf El-Dîn, el pachá de Damasco. No quiso ni recibirme y mi hijo ha desaparecido como si nunca hubiera existido. Tengo miedo de que te ocurra una desgracia. ¡Qué pena de juventud malograda!

- Tío mío, -respondió Baïbars- nada puede ocurrir a quien protege Dios; quien no muere por la espada, muere por cualquier otra cosa: numerosas son las causas, la muerte una.

Entonces, el viejecillo sacó de debajo de su manto un bastón de madera de membrillo, largo y sólido como un garrote.

- ¡Tómalo y adelante! Yo pediré humildemente a Dios que te de la victoria, por el Primero de los Enviados.

Baïbars cogió el bastón y se lanzó sobre el Coloso como una pantera furiosa. Cuando el Coloso vio que el viejo había dado a Baïbars ese bastón, le gritó:

- ¡Pequeño! Sólo hace unos días que he matado al que llevaba ese bastón, y hoy voy a enviarte a que te reúnas con él, porque no vas a salir de aquí más que en los brazos de un hombre.

- Yo le vengaré si Dios quiere – dijo Baïbars – y voy a acortar tus días, ¡maldita ralea!

Esas palabras enfurecieron al Coloso que, completamente alterado, dijo a Baïbars:

- Vale, muchacho, entonces vamos allá, ¡guerra sin cuartel!

- ¡Basta ya de charloteo, Coloso, a combatir! Ya estoy viendo la tierra de la tumba sobre tus ojos. Si no soportas todos los golpes que te voy a dar, te clavaré mi mano y mi pie en cualquier parte.

- De acuerdo, chico, ¡será un combate a muerte!

- ¡Como quieras!

- Antes de empezar, ven aquí y proclama delante de testigos que si te mato yo no tendré que responder por ello y nadie podrá perseguirme por el precio de la sangre.

- Sea, - dijo Baïbars, y gritó lo más fuerte que pudo: Buena gente de Damasco, y vosotros, todos los aquí presentes, si el Coloso me mata, nadie le perseguirá con la justicia para obtener el precio de la sangre. Yo renuncio a toda persecución.

- Esto es lo justo, - dijo la gente – nosotros daremos testimonio de lo que acabamos de oír.

A su vez, el Coloso tomó la palabra:

- Buena gente de Damasco, yo tampoco, si me mata Baïbars, exigiré que nadie le exija el precio de la sangre, renuncio a cualquier tipo de querrela.

Su compromiso fue consignado por escrito en la debida forma, y se colocaron para pelear. Se abalanzaron el uno sobre el otro, se enzarzaron a golpes, tanto incitándose, como arrastrándose, se enfrentaron durante una hora larga. Para entonces el brazo del Coloso ya había comenzado a flojear. Sus antebrazos se entumecían a causa de los golpes. El sudor le corría por todo el cuerpo y le caía hasta el suelo. Al mismo tiempo, Baïbars aumentaba la fuerza de sus golpes, igual que se alarga la noche en invierno. El Único, el Victorioso, el Creador de la noche y del día le vino a ayudar. Baïbars levantó su bastón y le dio tal golpe al Coloso en la carótida que le noqueó dejándole tieso y muerto en el acto, sin que hubiera vertido ni una sola gota de sangre. Cuando le vieron muerto, sus acólitos se arrojaron sobre Baïbars para matarle. Baïbars contraatacó como un león feroz.

- Esperad un poco, ¡perros!, - gritó.

Sus cinco compañeros y Ahmad, el hijo de El-Aqwâssî, se le unieron gritando:

- ¡Todos en su ayuda! ¡Nada temas, Baïbars!

Se enzarzaron en combate con la banda del Coloso y les dispersaron a los cuatro vientos. Dejaron el campo de batalla y, rodeando a Baïbars, volvieron al palacio de Dama Fâtme, hija de El-Aqwâssî. Entraron y se sentaron. Cuando Baïbars entró en el harem, Fâtme le encontró todo nervioso y demudado, y le dijo:

- ¿Qué te pasa, hijo mío? ¿qué te ha sucedido hoy? Cuéntame.

Baïbars le relató todo lo que había pasado:

- He matado al Coloso, - le dijo - y lo he dejado allí, tendido en la tierra. Y aquí estoy; tú me has preguntado, noble dama, y yo te he respondido.

- ¡Que tu brazo se mantenga siempre vigoroso y que tus enemigos nunca puedan alegrarse de tu infortunio! ¡Que nunca tengas preocupaciones y siempre estés bajo la protección del que oculta el porvenir! ¡Nada tienes que temer de Sharâf El-Dîn ni de ninguno de tus enemigos!

Al momento, escribió una carta que envió con un mameluco a Sharâf El-Dîn; con la misiva iba una bolsa repleta de monedas de oro. El mameluco cogió todo y partió hacia el palacio del emir Sharâf El-Dîn.

Mientras tanto, la banda del Coloso, en plena debacle, se refugió en casa del jefe de los palafreneros. Entraron tras él gritando ¡muerte al asesino! y profiriendo maldiciones abominables. El jefe de los palafreneros les preguntó:

- ¿Quién os ha atacado?
- ¡*Osta*¹ tu primo, el Coloso, ha sido abatido! Ha mordido el polvo.
- Traédmelo para que lo vea.
- Está muerto y no volverá a levantarse hasta el día de la Resurrección de los muertos.
- ¿Quién ha sido el mierda que lo ha matado? ¿No tenía miedo de mi venganza?
- Ha sido un fierabrás llamado Baïbars, que pretende ser el hijo de Dama Fâtme, hija de El-Aqwâssî, aunque en realidad tan sólo es su mameluco.

Al escuchar esto, en los ojos del palafrenero la luz se convirtió en tinieblas, y al momento se fue corriendo adonde Sharâf El-Dîn, el pachá de Damasco. Entró y comenzó a llorar y a derramar abundantes lágrimas, diciendo:

- Justicia, oh emir Sharâf El-Dîn.

y a continuación recitó este poema:

*¿Recibiré los golpes del infortunio ante tus ojos?
Oh, león, ¿dejarás que los lobos me devoren?*

- ¡Y cómo, siendo yo uno de tus hombres, mi primo ha sido asesinado bajo tu reinado!
- Dime quién le ha matado, *Osta*, que yo le vengaré y ayudaré a su familia.
- Patrón; lo ha matado ese que se llama Baïbars, el mameluco de la hija de El-Aqwâssî.

¹ Osta: palabra de origen turco que viene a ser algo así como una forma familiar de dirigirse a alguien.

- ¿Habéis oído bien, nobles de Damasco y todos los aquí presentes, lo que dice este desgraciado cuyo primo ha sido agredido y muerto con total desprecio por la ley?

- Sí, hemos escuchado bien, pero los propósitos de este palafrenero no son de recibo. Si se hace venir aquí a gente conocida por su sentido de la justicia y por su piedad, nosotros actuaremos en función de lo que digan.

Sharâf El-Dîn prosiguió así:

- Me he enterado de que Baïbars ha tomado a su servicio a unos sinvergüenzas y bribones, como Ibrahim de Jannîn y su pandilla; ¡los que han arruinado a familias y cometido asesinatos en la ciudad de Damasco! Hay edictos, decretos y *fatwas* condenándoles a muerte.

Ya iba a mandar a su guardia a que trajeran a Baïbars, cuando entró el mameluco de Dama Fâtme. Saludó y entregó la carta al emir junto con la bolsa de monedas de oro. Tomó la carta, la abrió; la leyó y comprendió su significado. Estaba escrita de puño y letra por Dama Fâtme, hija de El-Aqwâssî, y decía así:

“Al emir Sharâf El-Dîn Issa El-Nasser.

Sabe, ¡oh emir Sharâf El-Dîn! que mi hijo Baïbars, habiendo ido a la ciudadela, y al ver al Coloso durante una partida de hakam, se presentó para disputar con él una partida amistosa, y le venció. Al verse derrotado, el Coloso decidió matar al muchacho. Toda la ciudad de Damasco puede dar testimonio de que ese individuo está acostumbrado a derramar sangre. No hace ni tres días que mató al hijo de un respetable anciano llamado Hâÿ Muhammad, del barrio de El-Amara. Así que cuando mi hijo Baïbars vio que el Coloso había decidido matarle, se defendió llevado por su instinto de conservación. Golpeó ligeramente al Coloso y así fue como murió, pues el golpe fue a darle en la carótida. De modo que lo hecho, hecho está, así lo había decretado el Creador, ¡exaltado sea! Con el portador de esta carta te envío dos mil monedas de oro por el precio de sangre de ese hombre. Ahora a ti te toca juzgar, tú, que eres un hombre sabio y experto en la materia. Adios y ¡larga vida!”

A la vista de las monedas de oro, Sharâf El-Dîn le gritó al palafrenero:

- Tu primo era un traidor, y por las cuatro escuelas¹, que bien merecía morir. Que Dios no se apiade de sus despojos, pues él ha matado a un montón de gente. Todo el mundo puede atestiguar que era un mamporrero y un criminal.

¹ Se trata de las cuatro escuelas jurídicas.

Dama Fâtmeĥ había adjuntado a la carta el documento que había sido establecido al principio de la partida de *hakam*. Sharâf El-Dîn lo cogió y se lo mostró a los nobles de Damasco allí presentes.

- No cabe duda de que, a la vista de este documento, Baïbars no tiene nada de qué responder.

Luego, dirigiéndose al palafrenero le dijo:

- Ese Coloso es tu primo, misma carne y misma sangre, así que a ti te toca pagar por sus crímenes y abonar el precio de la sangre de sus víctimas.

El palafrenero exclamó:

- Ese no era mi primo; ni de lejos tenía que ver con mi parentela. Ese malvado me amenazaba y me obligaba a hacerle pasar por primo mío. Así que yo, temiendo que me matara, hacía lo que él quería.

Entonces, Sharâf El-Dîn increpó severamente al palafrenero:

- ¡Por esta vez, pase; pero de ahora en adelante no vuelvas a frecuentar a esos bribones o te parto los huesos!

- ¡Nunca más, Patrón!

Así que dicho esto, se retiró para seguir con sus cosas, y se fue a enterrar a su primo el Coloso.

Sharâf El-Dîn entonces se dirigió al mameluco de Dama Fâtmeĥ y le dijo:

- Saluda a tu Señora y dile que este asunto está zanjado, ¡que no se preocupe! He hecho tal y como ella deseaba y si aún quiere alguna otra cosa, estoy a sus órdenes.

El mameluco volvió para informar a Dama Fâtmeĥ de lo que había pasado con Sharâf El-Dîn. Tranquila ya por la suerte de Baïbars, le contó a éste lo que había hecho, y él se lo agradeció. Así pues, Baïbars siguió disfrutando en la casa de Dama Fâtmeĥ de la existencia más dulce y comfortable...



**Aquí la narración continúa en el próximo capítulo titulado
“El brazo de hierro”
en donde se refiere cómo Baibars echa un pulso
con un derviche de la tekiyyeh Mewlawiyyeh,
campeón del concurso de pulso o concurso del “brazo de hierro”,
y lo vence.**

Próximamente en www.archivodelafrontera.com

12 – “EL BRAZO DE HIERRO”

